

Curso y discurso del movimiento plebeyo 1849/1854

FRANCISCO GUTIÉRREZ SANÍN

IEPRI Y EL ANCORA EDITORES,
BOGOTÁ, 1995

Francisco Gutiérrez propone en este libro un estudio, bajo el signo del discurso y de la definición de las identidades sociales, del período que va del acceso al poder de los liberales el 7 de marzo de 1849 hasta el aplastamiento del régimen de Melo en diciembre de 1854. Siendo este uno de los episodios más estudiados de la historia del siglo XIX colombiano después de la Independencia. El propósito de Gutiérrez Sanín, y el interés mayor de su libro, en forma de ensayo, no es tanto aportar nuevos datos sino proponer un enfoque nuevo: el del discurso y de las representaciones sociales. La inflación retórica que caracteriza la vida pública de este agitado período de la historia colombiana justifica ampliamente este enfoque.

ORGANIZACIÓN DEL LIBRO

El libro se divide en dos partes. En la primera se pone el acento en los grandes ejes de este proceso de definición de una identidad social: el sentido de pertenencia, las estrategias (que encubren fórmulas políticas, como puede ser el Comunismo de los años 1850, y formas de organización como las Sociedades Democráticas), y las representaciones

sociales que se oponen en esa mitad de siglo.

En la segunda parte, el autor se propone estudiar lo que queda calificado como movimiento plebeyo en sus distintos contextos históricos: geográfico (los artesanos bogotanos, el movimiento "zurriaguero" del Valle del Cauca, y en menor medida, los indígenas de la región de Pasto), institucional (Sociedades Democráticas *versus* Sociedades Populares), y extra-institucional ("En las márgenes de las Sociedades Democráticas", como reza el título del último capítulo), mostrando así la heterogeneidad de los movimientos populares en la Colombia de mitad del siglo pasado.

Esta estructura refleja sin duda una de las ideas-claves del trabajo: la emergencia de una identidad plebeya, heterogénea, inestable, discontinua pero bien *existente*, a través de distintas experiencias sociales en varios lugares del país. En este aspecto se puede echar de menos que la organización del libro no dé más lugar a una perspectiva cronológica muy valiosa, que en el transcurso del estudio, aborda el autor. Efectivamente, Gutiérrez señala una doble evolución del movimiento artesanal: hacia la *moderación*, a medida que los artesanos, a través de su apoyo a los

liberales draconianos, se acercan al poder político y hacia la *conservatización*, una vez que los artesanos, alejándose del "desengaño" de la política, ya no son tanto objetos de instrumentación política, es decir, logran más autonomía en sus formas de organización.

La evolución hacia la moderación política (deseo de calmar el odio social, llamado a la caridad de parte de los ricos, defensa de la propiedad³) es particularmente interesante en la medida en que refleja la emergencia de un movimiento político con una propuesta general para la sociedad y ya no solamente una reivindicación sectorial. Hubiera valido la pena poner más el acento en esa evolución cronológica.

De manera más general, el mérito del libro reside en que aborda tres objetos de estudio esenciales para la comprensión de la compleja relación entre conflictos sociales y conflictos políticos que ofrece el siglo XIX colombiano:

. El delineamiento de las identidades sociales a través del conflicto.

. El hecho de que la instrumentación política del pueblo por las élites no logra impedir el surgimiento de movimientos autónomos: el estudio de las representaciones ofrece

buen ejemplo de ello.

El hecho de que tempranamente el "pueblo" lucha por adquirir legitimidad en el mismo campo en el que pelean las élites: la civilización y el nacionalismo.

EL DELINEAMIENTO DE LAS IDENTIDADES SOCIALES A TRAVÉS DEL CONFLICTO

Juega un papel esencial, en este enfoque, el análisis que hace Gutiérrez de las utopías y las distopías («Qué sucederá si vence el contrario»). Frente a lo que Gonzalo Sánchez llama, en su prólogo, «la parquedad de la imaginación utópica», Gutiérrez analiza con mucho tino esa preeminencia de la amenaza en el imaginario político colombiano del siglo pasado: «La distopía no solamente es más precisa que la utopía, sino que es mucho más estable».

El papel del discurso en este proceso de definición negativa frente al otro es absolutamente clave. De alguna manera, en la Colombia del siglo XIX, el discurso es uno de los elementos más conflictivos del universo político. Y Gutiérrez, en un análisis que trasciende el estricto marco del estudio, demuestra claramente el papel central del conflicto, aunque sea discursivo y simbólico, en la conformación de las identidades sociales.

Gutiérrez, aunque por momentos caracteriza la distopía de los artesanos como un *imaginario*, tiende a analizar el discurso, ante todo, como una *estrategia*, elaborada en función de los imperativos de la lucha política. Saber si los actores de la época realmente *creyeron* en las distopías (la de los artesanos que representan su país avasallado por la dominación cínica y obscurantista

de los *cachacos* de un lado; la de los ricos que difunden la pesadilla de una sociedad invadida por la *guacherna*, de otro) que difundieron en sus instrumentos de propaganda —periódicos, discursos, folletos y hojas volantes— es una pregunta difícil de responder. En el caso de los sectores artesanales, la escasez de fuentes manuscritas, como diarios íntimos y correspondencias que dejen testimonio de las verdaderas convicciones de los sectores populares casi impide, desafortunadamente, formarse una idea al respecto.

INSTRUMENTACIÓN POLÍTICA Y AUTONOMÍA

Es un hecho comprobado que el camino de una verdadera autonomía política fue una senda relativamente impracticable para los artesanos del siglo XIX. En su libro titulado *The early Colombian labor movement, artisans and politics in Bogotá, 1832-1919*, David Sowell ha demostrado de manera bastante convincente que la tendencia a la autonomía del movimiento artesanal fue, a la larga, siempre frustrada durante el siglo XIX por la voluntad de los grupos dirigentes de controlar políticamente, y luego de utilizar, este sector de la población.

Pero si la autonomía fue imperfecta, el control lo fue también. Uno de los grandes méritos de Gutiérrez es demostrar que la ausencia de autonomía organizativa —comprobada por los estudios de Sowell— no implica necesariamente una ausencia de autonomía discursiva. Estamos en presencia de dos fenómenos: de un lado, un proceso de auto-organización (las Democráticas, etc.), que rápidamente es objeto de una gran

presión de los partidos políticos, en el que la voluntad de instrumentación del pueblo por parte de las clases dirigentes es indudable. De otro lado, un proceso de auto-definición y de auto-legitimación del pueblo, que esta vez sí, escapa casi totalmente a la voluntad de control de las élites.

Estudiar todo lo que escapa al proyecto político de las élites constituye así el segundo eje de gran interés del trabajo de Gutiérrez. Al ensanchar el tradicional enfoque sobre los artesanos bogotanos a lo que podría ser un "movimiento plebeyo", Gutiérrez busca ampliar el horizonte. El estudio de las representaciones populares, que ofrecen un retrato invertido de la representación de la sociedad por las élites, ofrece un buen ejemplo de esta autonomía. Así, el hecho de que no se haya podido conformar una corriente política estable no impide que se haya podido si no crear, cuando menos desarrollar, consolidar, un sentimiento de pertenencia social, un sentimiento plebeyo. El pueblo, sin duda, ha sido instrumento y hasta cierto punto "auditorio"; pero también ha sido actor autónomo, creador de representaciones y de programas. Diría más: creador de legitimidad. En ese punto me parece residir el tercero de los aportes-claves del libro de Gutiérrez.

LA LUCHA POR LA LEGITIMIDAD: CIVILIZACIÓN, NACIÓN Y PUEBLO

Al observar la emergencia como actores políticos de sectores populares confinados hasta allí al simple papel de plebe, Gutiérrez sugiere interesantes reflexiones acerca de la lucha por la legitimidad nacional,

que seguramente habría valido la pena desarrollar más en este trabajo. En esta perspectiva, me parece que se desprende de su trabajo que “los de abajo”, en particular los artesanos bogotanos, buscan adquirir legitimidad política y social en el mismo terreno en el que juegan los actores de la política “tradicional”.

En primer lugar, porque los artesanos se apropiaron, transformándolo, de lo que se podría llamar el *discurso de la civilización*, es decir un discurso tradicionalmente elitista: representándose a sí mismos como caracterizados por la rectitud de sus ideales, por su seriedad en el trabajo, por su interés en la educación, por su sentimiento nacional, por su honradez, ellos encarnan la verdadera civilización.

En segundo lugar, los artesanos se apropiaron el *discurso del nacionalismo*. Representándose como preocupados por el desarrollo de las manufacturas nacionales, por el bienestar y la educación de los pobres, encarnan el verdadero nacionalismo.

En tercer lugar aparece que el mismo término de *pueblo* es objeto de lucha por la legitimidad entre plebeyos y cachacos. Los grupos dirigentes habían tendido, desde la Independencia, a interpretar el término pueblo –en el campo estricto de la legitimación política– como el grupo de los hombres de bien, el “pueblo ilustrado”. Ahora, el pueblo social viene a afirmar que es depositario de la verdadera legitimidad popular. Esta lucha entre el *pueblo social* y el

pueblo político constituye un aspecto clave de la vida política del siglo XIX y de buena parte del siglo XX.

En fin, su utilización simbólica, que destaca el autor, de un espacio público urbano reservado para las manifestaciones del poder constituido encarna perfectamente esa lucha por la legitimidad.

Gutiérrez demuestra así que se da una temprana madurez política del movimiento popular, ya que rápidamente está en condiciones de disputar a los grupos dirigentes su legitimidad en su propio terreno.

¿UN MOVIMIENTO PLEBEYO?

Para concluir, me parece inevitable abordar el problema de la definición de lo plebeyo. Gutiérrez toma felizmente como punto de partida una definición móvil de las identidades, de las pertenencias. Como ya dijimos, el término amplio y también un poco borroso de “plebeyo”, en tanto herramienta metodológica, le permite reunir en un mismo trabajo movimientos tan distintos como el de los artesanos de Bogotá, del “zurriago” del Valle, e inclusive mencionar el protagonismo de los indígenas de la región de Pasto durante la Guerra de los Supremos. La ventaja del concepto de “plebeyo” es que recoge sin duda las fuerzas políticas que están fuera del círculo restringido de la política decimonónica. Sin embargo no deja de ser difícil la definición de lo plebeyo. Gutiérrez propone una serie de elementos que pueden ayu-

dar a su definición: “mitos, grandes fechas, usos y costumbres, formas típicas de hacer política, destrezas (oratoria, capacidad organizativa), valores nuevos, en fin, una cultura de la resistencia y la rebelión”; también habla de “resentimiento plebeyo”, de “estilo plebeyo”.

Si bien es cierto, como señala Gutiérrez, que hay ciertas formas privilegiadas de acción del movimiento popular (sociedades, violencia simbólica, apropiación del espacio público), el mismo hecho de que muy rápidamente ese movimiento tenga propuestas políticas y luche por la adquisición de una verdadera legitimidad implica que esas formas plebeyas se diluyen, desaparecen. A no ser que lo que más caracterice el estilo plebeyo sea la tendencia a forjar hombres providenciales (el mito de Obando en este caso): pero esa tendencia refleja, tal vez más que una característica popular, una temprana estrategia populista.

En todo caso, el trabajo de Francisco Gutiérrez –y en eso consiste, creo, su aporte central– deja muy claro que, a partir de entonces, la definición popular es una nueva posibilidad en el juego político: reducida en el siglo XIX, intermitente en el siglo XX, la legitimación por el pueblo aparece sin duda como un legado de los años 1849–1854.

FRÉDÉRIC MARTÍNEZ, historiador, Institut Français d'Etudes Andines, Bogotá.